

Conmemoración del Republicanismo en 1910: Reinvención patrimonial y proyección modernista

Juan Martín Giraldo Hoyos
jmgiraldoh@unal.edu.co

Estudiante del departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia.

RESUMEN

El trabajo realiza una dilucidación acerca de las implicaciones que tuvo la celebración del primer centenario de la independencia en Colombia en 1910 en lo que refiere a la *reinvención patrimonial* y la edificación y proyección de un imaginario de nación, que tendría sus particularidades y condicionantes en el contexto que se desarrollaba así como una interpretación del pasado específica. Se plantea entonces una propuesta de análisis: en primer lugar, la *memoria de un pasado originario*, luego, su *teatralización en el presente*, y finalmente, la *proyección de un futuro* en términos de “progreso”. Así mismo se busca dar cuenta de los fenómenos nacionalistas, que desplegados durante la celebración, legitimaron la plataforma política de la generación centenarista.

PALABRAS CLAVE:

Centenario de independencia, reinvención patrimonial, invención de tradiciones, generación centenarista.

Not marble, nor the gilded monuments
Of princes, shall outlive this powerful rhyme;
But you shall shine more bright in these contents
Than unswept stone besmeared with sluttish time.

When wasteful war shall statues overturn,
And broils root out the work of masonry,
Nor Mars his sword nor war's quick fire shall burn
The living record of your memory.

'Gainst death and all oblivious enmity
Shall you pace forth; your praise shall still find room
Even in the eyes of all posterity
That wear this world out to the ending doom.

So, till the judgement, that your self arise,
You live in this, and dwell in lover's eyes.

William Shakespeare.¹

¹ William Shakespeare. Sonetos. Traducciones de Manuel Mujica Lainez y Pablo Ingberg. (Buenos Aires, Editorial Losada, 2007), 154.

Introducción

Es en este año bicentenario de exaltación de valores patrios y sentimiento nacional, en el que se evalúan los resultados de las luchas de nuestros próceres; momento de hacer manifiesta esa identidad nacional que se simboliza e imagina en discursos y representaciones nacionalistas; tiempo de enorgullecer o decepcionar la memoria de nuestros antepasados. Y es que este año no solo conmemoramos la independencia de la Nueva Granada, las batallas épicas contra los chapetones o la lucha de nuestros ilustres libertadores, que hace doscientos años se sumergían en el caudal de ideas liberales en constante flujo durante su época; también ponemos en tela de juicio el frenesí patrio que impulsó a los colombianos de hace cien años al despliegue monumental y tecnológico en la celebración del Centenario de la Independencia. Dos siglos han pasado desde el auge republicano que simboliza 1810, pero también uno del mismo que significó 1910. Del centenario nos quedan las efigies esparcidas por las principales ciudades del país, el Parque de la Independencia con su quiosco de la luz y los destellos de un pensamiento político conciliador, encarnado en una generación tradicionalista perpetuada en el poder durante la primera mitad del siglo XX, cuyo encuentro con las siguientes generaciones acarrearía el desenlace político de la segunda mitad del siglo.

La conmemoración de la primera centuria independiente fue una fiesta cívica sin precedentes, pero también un evento con antecedentes para su despliegue alegórico sin igual. La crisis sociopolítica que introdujo a Colombia al siglo XX estaba cimentada, por un lado, en la sangrienta Guerra de los Mil Días; y por otro, en la separación de Panamá que debilitó la ya endeble soberanía del Estado. Junto a estos hechos, un creciente inconformismo social se esparcía por las ciudades en crecimiento, donde se gestaban los primeros destellos de identidad obrera al calor del crecimiento industrial en las dinámicas urbanas. Eventos de guerra intestina y violación de la soberanía para una sociedad en proceso de creciente urbanización, permiten ver una necesidad de cambio en la concepción de Nación, en vista al escepticismo que obnubila el sentimiento nacional.

Dentro de este momento de vacilación patria se gestó el periodo presidencial de Rafael Reyes, cuyo esquema político apuntaba directamente a la unión nacional, paz y reconciliación, basado en los baluartes de centralismo político con descentralización administrativa. Siempre en procura de romper con el pasado de confrontación bipartidista que tergiversaba los sentimientos de una generación, su quinquenio –en un principio– logró crear un ambiente de virtual cohesión, y marcó la pauta del republicanismo que le sucedería. Fue Reyes quien oficializó en 1907 la celebración del centenario de la independencia para el 20 de julio de 1910 una conmemoración fuertemente cargada de simbolismos que, en consonancia con tal necesidad de sentimiento nacionalista, se proyectaba como la gran oportunidad de reconsiderar esos imaginarios del pasado, sesgados por un siglo de desacuerdo identitario. La ceremonia y los ideales que la modelaban influenciaron profundamente el republicanismo de los años 10, cuando se vislumbra el prototipo de coalición bipartidista.

El presente trabajo procura dilucidar las diferentes cuestiones teóricas que envuelve la conmemoración de 1910, entendiendo su significado como un momento coyuntural para la nación y el nacionalismo colombiano que, en su momento, encarnó conflictos de legitimidad regional en el campo de la memoria y dinámicas de exclusión de clases en el sentido de las prácticas conmemorativas. También se busca rastrear en los fenómenos nacionalistas desplegados durante

la celebración en materia, las esencias del patrimonio nacional que legitiman la plataforma política de la consecutiva generación centenarista. Para ello, se han escudriñado las dinámicas de arraigo del nacionalismo colombiano en las alegorías que recoge el libro de Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín, *Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910*, —publicado en 1911 como obra oficial del evento.

Entonces, podemos plantear la pregunta vertebral de este ensayo de la siguiente manera: ¿Puede verse la conmemoración del la independencia en 1910 como el momento de *invención de la tradición* patriótica colombiana, y en su despliegue republicano la *comunidad imaginada* para la generación centenarista? Para dar respuesta a este cuestionamiento debemos aterrizar el problema teórico en el momento concerniente, de acuerdo a la temporalidad que mueve una remembranza de esta índole. En consecuencia, ¿cuál era el imaginario del pasado que dio cuerpo al *mito político* del centenario en la *invención* de la historia patria, y cómo se configuraba el *orden de su memoria*?; ¿qué dinámicas siguió la *teatralización del poder* en el despliegue patrimonial levantado durante la conmemoración?; y, ¿cuáles eran las perspectivas *imaginadas* “veintejulieras” que alegoriza la explosión tecnológica, artística y arquitectónica de las exposiciones centenaristas?

Este proceso de construcción de un sentido de identidad nacional puede verse inscrito dentro de las dinámicas de *invención de tradiciones*, en que se movían los países modernistas desde las últimas décadas del siglo XIX según nos muestra Eric Hobsbawm. Es cuando podemos hablar de una proyección hacia un *progreso imaginado*, y considerando a Colombia dentro de las *culturas híbridas* concebidas por Néstor García Canclini, se nos muestran los conflictos entorno al patrimonio nacional propios de lo que luego se encasillaría en *interculturalidad*, al tiempo que nos permite ver los juegos de exclusión que la construcción de identidad acarrea.

Centrándonos en el momento concreto de la conmemoración, el trabajo se estructurará de acuerdo a las temporalidades simbólicas que este concepto implica: siguiendo el *orden de la memoria* que plantea Jacques Le Goff y el funcionamiento de la *contracultura* decimonónica que maneja Germán Colmenares, la idea es rastrear continuidades y rupturas del accionar historiográfico en un momento de mutación de los valores históricos. En primer lugar, la memoria de un pasado originario, luego, su teatralización en el presente, y finalmente, la proyección de un futuro en términos de “progreso”.



“Boceto de Monumento conmemorativo a la independencia y la libertad” Tomado de: Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910, (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911) 415.

El siglo es el instrumento útil de la humanidad que cada vez más domina porciones cada vez más amplias del tiempo y la historia.²

Nación, abatimiento y postración

Momentos de crisis daban la bienvenida a Colombia al siglo XX. El desangrarse en una guerra civil que enfrentó en el campo de batalla los odios acumulados de dos generaciones entre liberales y conservadores, sumergió al país en un estado de letargo político, administrativo y social. Como lo expresa Rafael Reyes en su discurso de posesión:

Jamás ésta [patria] en su historia como pueblo independiente había atravesado período de igual abatimiento y postración. [...] Como necesario fatal fruto de nuestros comunes errores y desvaríos, de la falta de respeto a la ley y a la justicia, sobre nosotros han caído los más tremendos infortunios y nos ha tocado recibir las más severas enseñanzas; y creo ceñirme estrictamente a la verdad si os digo que nuestra actual situación es de completa desorganización en la política, en la administración, en la industria, en todo cuanto constituye la vida nacional.

La República era presa fácil para los intereses norteamericanos sobre Panamá, y un año después de la posesión del acorazado Nashville en las costas caribes, la emancipación de la provincia significó la mutilación del sentido de soberanía. Desaparecía de la realidad un territorio simbólico de Colombia, cuyo lugar en el patrimonio —perpetuado en el escudo nacional— contrasta con la falta de poder e interés gubernamental en esta región de frontera desde su anexión al mapa político del Estado colombiano. «Andando inermes, pues, con un tesoro, que era “la clave del equilibrio naval de los Estados Unidos”, no podían los colombianos esperar hecho distinto del acaecido el tres de noviembre de 1903»³. Era la postración frente al *hermano del norte*, que a partir de entonces iniciaría su arremetida mercantil —y de influencias al estilo Monroe— sobre la debilidad latinoamericana. La herida causada por esta pérdida tocaba el sempiterno problema interno de dominio soberano en regiones fronterizas; un defecto perenne desde su independencia, que rememora los debates decimonónicos entre centralismo y federalismo, solo preocupante después de su pérdida.

Como ha acontecido siempre a las naciones anarquizadas o en decadencia, según enseña la historia, nosotros hemos sido fácil víctima de los poderosos. En absoluta impotencia para defender la integridad de nuestro territorio y nuestros fueros como nación soberana, hemos tenido que presenciar y sufrir la pérdida de uno de nuestros más importantes departamentos, arrebatado por una de las más fuertes naciones [...]

Las palabras del presidente en su posesión hacen explícita una parte esencial de su plataforma discursiva, la ruptura con un pasado cuya alusión desgarradora y recalitrante uniera a los colombianos en torno al abatimiento común acaecido en el pasado inmediato. Interesado por la explotación de recursos y la modernización de Colombia, Rafael Reyes llega al poder en 1904 con el espíritu conciliador de un glorioso general, ausente en la Guerra de los Mil Días por funciones diplomáticas. Su gobierno dictatorial apuntaba hacia el *proteccionismo racional* en

2 Jacques Le Goff. *El orden de la memoria*. (Barcelona: Ediciones Paidós, 1991) 221.

3 Darío Mesa Chica. “La vida política después de Panamá, 1903 – 1922”. En *Manual de Historia de Colombia*, Tomo III. Ed. Jaime Jaramillo Uribe. (Bogotá: Procultura - Colcultura, 1982) 84.

miras a un impulso decisivo para la industrialización, sosteniéndose sobre una administración descentralizada que permitiera al poder centralista un control armónico de todo el territorio, basado en la cohesión. El espíritu empresarial de Reyes hizo dar un gran paso hacia el capitalismo moderno colombiano, fenómeno que «acarreó trastornos en las esferas diversas del país, desde la práctica de los negocios hasta el estilo político y las manifestaciones literarias.»⁴ Una ética capitalista basada en la cuantificación dentro de todas las esferas del poder con bonanzas tangibles, sería el aliciente para la reunión de los partidos tradicionales en la Asamblea Nacional que suplantaba al Congreso en la dictadura de Reyes, reunidos al calor de la burguesía capitalista ascendente.

La necesidad de conservar el orden, vivir tranquila y sosegadamente a ejemplo de los pueblos, nos impone también el principio de la propia conservación, si realmente la anhelamos a figurar en la familia de las naciones civilizadas como entidad soberana e independiente.⁵

Es en este ambiente que la idea de reconstrucción de la nación entra a cobrar protagonismo dentro de la conciencia política colombiana, un momento en que la modernización se muestra más cercana que nunca, con las industrias en movimiento, acompañadas por el abanico de pequeñas revoluciones tecnológicas que las importaciones norteamericanas introducen en la cotidianidad de toda Latinoamérica. Tales cambios suscitan una necesidad de proyección a futuro. Industria, tecnología, máquinas, son palabras que llenan de expectativa a una sociedad que encuentra en el capitalismo la mejor forma de subsanar las profundas heridas de su pasado reciente. Y que mejor manera de celebrar este cambio retórico modernizador que ratificando la legitimación del Estado con una celebración de los orígenes como república, con una reapropiación del pasado lejano, una reinención de la nación. Es entonces cuando el presidente Reyes decreta en la ley 39 de 1907 la creación de una Comisión encargada de planear la parafernalia patriótica que perpetuará su legado en la historia patria, con la Conmemoración del centenario de la independencia el 20 de julio de 1910, donde pide especial preocupación por el bombardeo monumental y el despliegue tecnológico. Reyes no alcanzó a estar en la celebración que planeó; un año antes, la abierta oposición, con intentos de magnicidio hacia su figura, hicieron que la incertidumbre alimentara sus temores que lo conducirían a autoexiliarse, limitando sus dos gobiernos a un quinquenio. A pesar de el despegue socioeconómico que pregonaban las palabras de Reyes y preocupaba los tradicionalismos bipartidistas, el centenarismo pasó a ser baluarte de liberales y conservadores de esa generación, dando inicio a un lento proceso encuentro entre ambos ideales bajo una hegemonía conservadora dominante hasta entrados los años 30's. Empero, el espíritu tradicional que se perpetúa con la simbólica efeméride, contrasta con la arremetida del mismo contra el personaje que decreta su celebración, el poder tradicional logra así arrebatar las glorias de la conmemoración al poder nacionalista y modernista que se salía de sus lineamientos.

4 Mesa Chica, 99.

5 Rafael Reyes. *Discursos y mensajes de posesión presidencial*. Tomo II. Ed: Hernán Valencia Benavides. Colección Presidencial de la República. Administración: Turbay Ayala. Volumen VII. (Bogotá: Imprenta Nacional, 1983)

El calendario y su re-producción

Nuevos aires de “conciencia nacional” soplaban en Colombia, cuya opinión pública se vio fortalecida durante el gobierno modernizador de Reyes, espacio donde los deseos de conciliación eran un medio apropiado para el accionar de los partidos tradicionales. En las páginas de sus periódicos, la exaltación del evento va a encontrar resonancia general en las principales ciudades, a modo de política nacional como gestión del centro de Estado. Sin embargo, llegar a la sociedad colombiana, con la conciencia histórica obnubilada por los roces del pasado cercano, no era tarea fácil. Con lo sucedido a principio de década, «también había entrado en crisis el discurso histórico que sustentaba las prácticas bipartidistas de la guerra y la supuesta unidad del pasado, que se hacía inexistente en contraste con las múltiples visiones que se construían del futuro.»⁶ Así, los perennes roces regionales, en un momento de conmemoración tan ufano, expandieron el campo de conflicto a la memoria nacional. Como lo señala Raúl Román, este factor de la *memoria como espacio de conflicto* se ve reflejado en las resquemores del los cartageneros por la fecha santafereña del 20 de julio como momento fundacional de la república, abogando por el 22 de mayo, fecha del pronunciamiento de la heroica.

Pero antes de continuar con los hechos históricos que enmarcan la celebración centenarista, debemos ahondar en el significado de una conmemoración de tal índole, con el fin de dar un sustento teórico para comprender disputas y alicientes entorno a las efemérides de la independencia en tiempo de modernización. Lo que lleva a preguntarnos sobre la esencia misma de la revolución, desde su sentido de cambio y renovación. La revolución francesa, umbral intelectual de las independencias hispanoamericanas, una vez consumada reformó el sistema monárquico desde sus fundamentos milenarios; los regímenes subjetivos que imperaban en la cultura avasalladora fueron objetivo cardinal de las reformas revolucionarias. La religión vio sus catedrales arder en llamas, junto a los símbolos evangélicos en que su control social se sustentaba, pero aquellas convenciones interiorizadas en la vida cotidiana, como la forma de ver o medir el tiempo y el espacio, sirvieron de base para el nuevo régimen hegemónico. El calendario cristiano fue reformado para dar comienzo glorioso a una nueva era, que debía estar plasmada en la temporalidad de la gente, para que cada vez que alguien se interrogase sobre la fecha del presente recordara su lugar en la república. «El calendario revolucionario respondía a tres objetivos: romper con el pasado, sustituir el orden a la anarquía del calendario tradicional, asegurar el recuerdo de la revolución en la memoria de las generaciones futuras.»⁷

De esta manera, la idea de revolución que alimentó los sentimientos independentistas estaba ligada a una ruptura del pasado que empezaba por su reconocimiento como tal, cargado de sentido fasto y nefasto, y cuya ruta era usurpar el presente para posicionar el futuro. Los combates de aquellos que se sumergieron en la ola independentista que, aunque se funda en 1810, tuvo cuerpo hasta la retoma del poder realista, son elevados por la República a proporciones épicas, honrando la esencia del cambio que significó su reyerta. «La oscuridad en que deliberadamente se dejaba la época anterior aproximaba, por un efecto de luces y sombras, el momento axial hacia el espectador futuro. La gesta, el momento único de la virtud heroica, sustituía el resto del

6 Raúl Román Romero. “Memorias enfrentadas: Centenario, Nación y Estado 1910-1921”. En: Revista digital *Memorias*, año 2, Número 2. (Barranquilla: Uninorte, 2005)

7 Le Goff, 189.

pasado».⁸ Esta fue una convención sobre la cual se sostuvo la historiografía del siglo XIX para modelar el *tiempo histórico* de la nación, para erigir la historia desde un momento fundacional, que legitimase el poder del gobierno como heredero de las gestas heroicas de los próceres.

Durante esos cien años entre el punto axial y su conmemoración, los diversos poderes que desfilaron por el gobierno tomaron de la historia patria lo que les servía para cimentar sus ideologías dicromáticas, sumergiendo el significado del tiempo originario a periódico proceso de reparación. «Esta renovación ritual debía conducir a la mitificación de la palabra y del concepto de revolución.»⁹ Entonces podemos hablar de un *mito político*, que sacraliza el Estado laico a partir de los arquetipos de democracia, libertad, independencia, nación, etc.; como lo sagrado compone la verdadera realidad y «todo lo que hay de real en el mundo es una proyección o manifestación de lo santo, el orden político se constituye como una hierofanía»¹⁰ Dadas las circunstancias que concluyeron el siglo XIX con un baño de sangre e introdujeron el XX con una mutilación del mapa nacional, los rumbos políticos del país debían ser re-construidos, y con ellos, re-creada la concepción del tiempo histórico. Reyes sabía que la modernización desarrollada en su quinquenio debía quedar plasmada en la historia patria, y el centenario era el medio apropiado para, por un lado, regenerar el sentido patriótico, sumido en el escepticismo; y por otro, hacer gala de las bonanzas que el capitalismo había traído, marcando el inicio de una nueva era de la república: la era de la modernización. «Con esto se insinuaba, a la manera romana, los orígenes republicanos y la historia como celebración, como rito periodístico destinado a ser renovado permanentemente en la memoria.»¹¹

Bambalinas y escepticismo

La esencia de una celebración nacional radica en la participación de aquellos que se consideran parte de esta categoría, que la patria recuerde su pasado y todos los sectores de la sociedad conozcan el significado de esos simbolismos, estatuas y nombres; que el orgullo fomente el regocijo de los ciudadanos conocedores y portadores del devenir de su nación. Sin embargo la fiesta del centenario «fue organizada material e ideológicamente por un grupo social determinado, excluyendo otros estratos sociales». Estaba dirigida hacia aquellos que podían entender los discursos y las representaciones de nación, habitantes de la urbe, gente “civilizada”. Si las grandes construcciones, tecnologías y galantes estatuas querían proyectar hacia el extranjero y las generaciones venideras lo verdaderamente colombiano, la conmemoración «demostraría cual restringida era la representación nacional hacia 1910: una nación paternalista, clasista y racista frente a lo que no era considerado digno para un país como Colombia.»¹²

Es pues necesario entender las culturas latinoamericanas como resultado de «la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas, del hispanismo colonial católico y

8 Germán Colmenares. *Las convenciones contra la cultura*. (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1987) 99.

9 Colmenares, 103.

10 Manuel García-Pelayo. *Los mitos políticos*. (Madrid: Alianza editorial, 1981) 16.

11 García-Pelayo, 98.

12 Alejandro Garay. “La Exposición del Centenario”. En: *La ciudad de la luz*. (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005)

de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas.» En el caudal renovador y secularizador de la modernidad se crea una brecha social de acuerdo a la hibridación cultural mencionada; si bien las élites *cultas* conservan su arraigo en la tradición *hispánico-católica*, los valores *indígenas* manifiestan sus raíces en el espacio agrario, «como recursos para justificar privilegios de orden antiguo desafiados por la expansión de la cultura masiva.»¹³ En este sentido, cuando es tiempo de re-conocimiento de una historia tergiversada por convergencias, yuxtaposiciones y hegemonías de tradiciones, los conflictos del pasado se ven manifestados en contradicciones e ironías, con de las dinámicas de inclusión y exclusión que implica la identidad.

La revolución está hecha en las inteligencias elevadas. ¿Qué hace falta? Que descienda hasta el pueblo sin cuyo esfuerzo masculino nada se ha fundado en la historia, nada prevalece.

Sí; en aquel movimiento filosófico que apasiona las almas, la masa rural está ausente; vegeta en la ignorancia; pero ella entrará con valentía en la escena por razones más hondas, más humanas...¹⁴

Cargadas de romanticismo criollo, estas palabras de Guillermo Camacho nos muestran la brecha entre memorias de una revolución híbrida, que durante el siglo XIX habían dilapidado cualquier tipo de conciliación. Las jerarquías demarcadas por el sello colonial —para entonces reducidas a las categorías de civilización y barbarie propias de la modernidad— daban fundamento a los discursos de poder decimonónicos, «esta era una polaridad implícita ya en toda interpretación que tuviera que enfrentar conflictos sociales de cierta magnitud.»¹⁵ Como lo dice Camacho en la introducción al libro oficial de la celebración: la revolución se hace desde las élites, pero necesita que descienda hacia el pueblo que «vegeta en ignorancia» para fluctuar; de igual manera sucede con su conmemoración, sólo que en esta no es indispensable la participación del pueblo. La Comisión del Centenario, conformada por influyentes políticos y aristócratas, planeaba el evento para que fuese abierto para toda la sociedad; empero, la escasa educación limitaba el alcance democrático de sus valores patrios.

No obstante, era generalizado el escepticismo evidenciado por la Comisión antes de la fiesta: no era fácil despertar ese sentimiento nacionalista acallado por la guerra. Las bambalinas de evento se ahogaban en la indiferencia. Por un lado la crisis fiscal afectaba la financiación, el presupuesto para la fiesta había sido decretado por el Congreso de 1909 en 100.000 pesos oro, que tras la liquidación, quedó en \$82.000, una suma evidentemente insuficiente si se tiene en cuenta que solo el arreglo del parque del Centenario valía \$80.000. Entrado 1910 la plata no había aparecido y las obras no habían empezado. Y por otro lado, la crisis moral ponderaba con indiferencia la planeación, como lo expresa la renuncia de seis organizadores de la Exposición industrial y agrícola, en cuya carta se evidencia esa falta de *espíritu público* en la sociedad:

Fiestas de esta naturaleza requieren para alcanzar éxito el concurso decidido y el entusiasmo patriótico de todos los habitantes del país; pero vemos con el más profundo desconsuelo que nos ha tocado en suerte llegar a la época del Centenario en momentos en que el país revela más

13 Néstor García Canclini. *Culturas Híbridas*. (México D.F.: Editorial Grijalbo, 1990) 71.

14 Guillermo Camacho. "Introducción" en: Emiliano Isaza y Lorenzo Marroquín *Primer Centenario de la Independencia de Colombia, 1810-1910* (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911) VI.

15 Colmenares 78.

que nunca la ausencia de espíritu público; en que el Tesoro se encuentra en la situación más precaria por que jamás haya atravesado...¹⁶

Los renunciantes hacen explícita la *glacial indiferencia* con que su proyecto es recibido, principal obstáculo para la realización de una fiesta donde deben participar *todos los habitantes del país*, junto a la falta de presupuesto para las lujosas obras planeadas. Tal escepticismo no era solo de las clases bajas de la sociedad, acostumbradas a su exclusión de los discursos históricos, también las clases altas se mostraban renuentes a la celebración; era el verdadero factor que los cohesionaba entorno al centenario. Las bonanzas del capitalismo se demorarían en llegar a los bolsillos de los capitalinos, y la ruptura del pasado histórico dejado por la guerra seguía latente en la moral nacionalista. Sin embargo, en los primeros meses del esperado año la plata llegó tanto del gobierno como de bolsillos de aristócratas de repente interesados en participar activamente del fervor patrio.

A pesar de las luchas en el campo de la memoria entre élites regionales por la legitimidad de la fecha fundacional, el lento flujo de patrocinio monetario, el escepticismo de la sociedad y diferentes problemáticas con la distribución del espacio público para la ceremonia, la conmemoración del Centenario logró teatralizarse del 15 al 31 de julio de 1910, echando tierra sobre la realidad social que había puesto en tela de juicio su puesta en escena, haciendo gala de una nación unida, soberana e independiente, pero invisible, ficticia e imaginada.

Teatralización de la invención

Quiso la Comisión, que la celebración del Centenario fuera no tan solo homenaje a los próceres y a la libertad, sino también una demostración de las energías de la raza, una orientación en las dificultades internacionales de la República, una aproximación a España y a las repúblicas hermanas del continente, especialmente a las que formaron la Gran Colombia.¹⁷

Durante dieciséis días Bogotá olvidó las penurias que la aquejaban y se dejó invadir por próceres de bronce, leyendas de mármol, pabellones de tecnología y arte. Los problemas económicos habían sido resueltos a punta de palanca de última hora, llegando a una suma de 118,710 pesos oro, suficiente para el despliegue nacionalista y progresista planeado para erigir un patrimonio material que conviviría desde entonces con los habitantes de la ciudad. «El patrimonio existe como fuerza política en la medida que es teatralizado: en conmemoraciones, monumentos y museos». Son imágenes que se insertan en las dinámicas de la ciudad, en pedestales que crean espacios solemnes y con gestos que educan a su espectador; su función en la urbe es esencialmente pedagógica, transmitiendo saberes históricos que soporten los valores del poder hegemónico. «La teatralización del patrimonio es el esfuerzo por simular que hay un origen, una sustancia fundante, en relación con la cual deberíamos actuar hoy».¹⁸ Haciendo uso del concepto de teatralización acoplado por García Canclini, se quiere hacer referencia al proceso performático

16 Ricardo Jaramillo, Eustasio Santamaría, Tomás Samper, et al. Renuncia de la Comisión de la Exposición. Citado en: *Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910*. P. 10.

17 *Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910*. P. 13.

18 Canclini. 152.

con que la gestión gubernamental instaure en el imaginario urbano los simbolismos patrióticos que legitiman su discurso, y con él su poder



“Coronación de la estatua de Bolívar en la Plaza de Bolívar” Tomado de: Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910, (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana; 1911) 237.

Bolívar ecuestre es puesto en el parque de la independencia frente al pabellón de la industria, Santander en la antigua plaza de las Yervas, Nariño en la plaza de San Victorino y Policarpa en la plazoleta de las Nieves; cada uno toma posesión de su lugar y resignifica su espacio llenándolo de solemnidad. Las multitudes se reúnen alrededor de la ceremonia, como se alcanza a ver en las fotografías; los sombreros de copa ubicados en primera fila y detrás de ellos se agolpan los sombreros blancos con ruanas, en algunos eventos separados por bardas o policía. Se lleva a cabo un complejo proceso de *inventar tradiciones*, solo cambiando nombres, tallando lápidas con leyendas históricas, levantando muñecos de bronce, o inaugurando parques: «inventar tradiciones es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por referencia al pasado, aunque sea por imposición de la repetición».¹⁹ Recrear ese pasado para apropiarse por medio de su reescritura y relectura, su teatralización e inmovilización, su difusión y acaparamiento, es una obligación del republicanismo para consolidarse en el poder político y cultural.

Las tradiciones tienen sus *promulgadores institucionales* para darles vida, para acomodar su contenido y modelar su imaginario. Se trata del sector *culto* de la sociedad, el que conoce los significados de cada símbolo y está estrechamente ligado —si no inmerso— al poder político. Entonces las *tradiciones inventadas* fomentaron «el sentido corporativo de superioridad de elites —particularmente cuando éstas tuvieron que ser reclutadas entre aquellos que no la poseían por nacimiento o adscripción— en vez de inculcar un sentido de obediencia en los inferiores».²⁰

Sobre los hombros de los integrantes de la Comisión del Centenario recaía el deber histórico de poner en escena el patrimonio que perpetuase la memoria de ese momento axial de la nación. Así, se atribuyen un *status*, que los ubica en la cima de la cultura por la que los excluidos no muestran interés, ni se ven obligados a hacerlo.

19 Eric Hobsbawm. “Inventando Tradiciones” en: *Revista biTARTE* N° 18 (agosto 1999): 39-53, San Sebastián.

20 Hobsbawm.

Al recrear el mito, pero inventando el rito de acuerdo a las aspiraciones del presente, las élites ilustradas se apropian del pasado y se sienten sus portadoras, *en las riendas de la historia*, conmemorando la revolución y su sentido de cambio.



“Inauguración estatua de Nariño en la Plaza de San Victorino” Tomado de: Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910, (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911) 169.

Otra cara de la teatralización se hacía con las efemérides de la conquista y el pasado colonial, con el primer día de celebración dedicado a un *Homenaje de España a Colombia*, los honores a Colón y a Jiménez de Quesada, los organizadores buscaban dar una temporalidad histórica a la ruta de la ceremonia. A la vez que toda la conmemoración estuvo acompañada por *Te Deums* y rituales religiosos, expresiones que manifiestan el apego religioso del sentido patriótico en la nación del Sagrado Corazón. Veamos un fragmento del discurso del representante de España en la tumba de Jiménez de Quesada:

Ella, mi España, os enamoró de los trofeos de victoria, y el triunfo os ciñó de lauros; y como el egoísmo no tiene entrada en el corazón materno, ni en él hallan cabida el despecho y las represalias, viene a recibir más gloria de vuestra gloria, más encantos de vuestra hermosura, nuevo esplendor de vuestra alborada grandeza.

Os separasteis de sus brazos, pero no de su corazón: hay fiesta en vuestra casa, y la madre España quiere gozar con vosotros, por derecho y por deber; y por otro motivo también, señores, porque ninguna hija siente completa felicidad en los días de júbilo si no recibe un abrazo de su madre; y la madre está donde puede hacer feliz a la hija de su corazón.²¹

La metáfora de la *madre España* ya tenía su trascendencia desde el siglo XIX, cuando su imagen similaba más a la de una madrastra, *autoridad ilegítima y desprestigiada*, que daba razón a la reyerta independentista. Desde entonces, el pasado bajo el dominio peninsular estaba obnubilado por el protagonismo de la emancipación, «esta era una historia ajena, la de los

21 Padre Mateo Colón. “Discurso durante el Homenaje de España a Colombia” en: Emiliano Isaza *Primer Centenario de la Independencia...*, 31.

“tiempos de los españoles”, de la que nadie tenía interés en apropiarse, donde indios y españoles aparecían igualmente extraños. Solo había alguna familiaridad en la presencia de turbas de mestizos dominados por pasiones irracionales»²². Para 1910 la antigua metrópoli se muestra nostálgica de los tiempos coloniales, como una *madre* que orgullosamente abraza a su *hija*, quien recibe sus halagos y celebra su pasado monárquico del mismo modo que lo hace con su historia independiente. Con esto la ruptura temporal de la revolución se hace tenue ante los ojos del espectador *popular*, quien, al no reconocer la alteridad planteada por el fundador de la nación, confunde su identidad en una historia condensada bajo el mismo discurso. Al no haber otredad con el español, la alteridad apunta hacia otra parte, hacia el venezolano y el ecuatoriano, o hacia el negro y el indio, o simplemente hacia el provinciano.

Ahora podemos ver una contradicción manifiesta del centenario, donde se celebra el tradicionalismo y el conservatismo con apologías honoríficas a la conquista, al pasado colonial y a la fe católica; al tiempo que se celebra también la revolución con una revolución modernista manifiesta en las exposiciones de la tecnología y el progreso, exaltando los valores de independencia y libertad. Es una ironía resultante de un siglo de conflicto entre conservadores y liberales, donde la fiesta del Centenario viene a ser un intento de conciliación republicana, demostrando que puede hacerse una fiesta de corte liberal en sus vistas de pasado y proyecciones a futuro, sin negar la historia colonial que gestó a la sociedad colombiana y perpetuó su idioma, credo, mentalidad y jerarquización.

Progreso imaginado

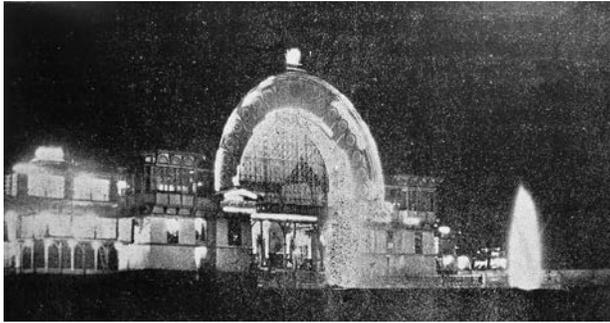
La *teatralización del patrimonio* es solo una faceta de la celebración; su anclaje al pasado, en 1910 también se llevó a cabo la proyección a futuro, al progreso con las Exposiciones industrial, ganadera y artística. Expandido el Parque del Centenario del natalicio de Bolívar, se ocuparon las tierras del antaño parque Hermanos Reyes, vendidas por su propietario con el fin de apoyar los festejos y valorizar sus tierras, allí se llevó a cabo el proyecto progresista de la Comisión. Con sus exóticos pabellones, su abrumadora tecnología y sus imponentes exposiciones de *civilización*, esta parte de la conmemoración estaba inspirada en los eventos de igual índole celebrados para la emancipación norteamericana y la revolución francesa en sus respectivos países, con exposiciones universales «a las que intentaba emular, la Exposición Nacional de 1910 fue un espacio de utopía, un espectáculo con fines instructivos en el que se reunió todo aquello que se consideró que representaba el desarrollo de la industria y del sector agropecuario del momento».²³

Sin duda el objetivo de esta faceta de la conmemoración era la proyección al exterior, fuertemente cargada de emulación y competitividad, como lo había sido el Centenario de la Revolución Francesa con su Torre Eiffel, o la Exposición Universal de Chicago con su monstruosa rueda y sus pabellones de todas partes el mundo. Colombia hacía gala de sus avances industriales y agropecuarios, creando el imaginario de la modernización a futuro, es decir abriendo los siguientes cien años de progreso. «El punto de referencia estuvo definido en todo momento por los logros europeos con lo cual la Exposición se convirtió en una manera de equiparar

22 Colmenares, 94.

23 Luís Carlos Colón. “La ciudad de la luz: Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910” en: *La ciudad de la luz*. (Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, 2005)

el país con el mundo civilizado». ²⁴ Con los pabellones egipcio y japonés mostrar el exotismo y la universalidad de Bogotá; con los de las Máquinas y de la Industria exponer y motivar el espíritu de trabajo del pueblo colombiano; y con el pabellón de Bellas Artes, el Quisco de la Luz y de la Música manifestar cómo dentro de esa utopía republicana, las artes ocupaban un puesto capital. La gran revolución de este despliegue tecnológico fue sin lugar a dudas la luz eléctrica, cuyos circuitos convergían en el Quisco de la Luz e iluminaban tanto el parque de la independencia como la carrera Séptima, aunque después del evento fue retirada, con el tiempo este avance en la vida urbana se hizo realidad en la década de los 10.



“Pabellón de la industria iluminado” Tomado de: *Primer Centenario de la Independencia de Colombia 1810-1910*, (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911) 216.

En la celebración de este primer Centenario de Independencia nacional, la nota saliente ha sido en nuestro sentir la exposición porque en ella conocimos y admiramos el verdadero adelanto del país. Sus resultados serán benéficos, y la emulación y el estímulo, que ella va a despertar en los industriales colombianos, serán, a no dudarlo, un factor importantísimo en el progreso nacional. [...] Sin las exposiciones no podríamos tener idea exacta de los esfuerzos que hacen los colombianos por el adelanto del país, y hoy hemos podido convencernos de que si hay muchos cerebros que laboran por el progreso de la patria. ²⁵

Durante estos tiempos de protoindustrialización, la Exposición industrial y agrícola se proyectaba como un fomento al desarrollo tecnológico de la producción nacional, un punto de partida ejemplo para el tiempo venidero de prosperidad. Era el momento axial de la arremetida republicana y su proceso de modernización, punto de partida para una nueva Colombia unificada con objetivos claros para su futuro. Era el tiempo de inventar las tradiciones, en cuanto «a respuestas a situaciones novedosas que toman la forma de referencia a viejas situaciones, o que establecen su propio pasado por repetición cuasi-obligatoria. Es la diferencia entre el cambio constante e innovación del mundo moderno y el intento de estructurar, al menos algunas partes de la vida social dentro de él, como inalterable e invariante.» ²⁶ Así, la efemérides

24 Luís Carlos Colón.

25 Germán del Corral. “Relación en la Exposición industrial y agrícola” en: Emiliano Isaza *Primer Centenario de la Independencia...*, 218, 220.

26 Hobsbawm.

de los cien años independientes era una muestra de cómo se puede conservar los orígenes de la nación —desde la colonia— y rendirles culto, al mismo tiempo que exponer con orgullo las revoluciones tecnológicas modernistas, sin que lo uno amenace lo otro. Una muestra de cómo liberales y conservadores pueden celebrar juntos la primera centuria de la república, con una muestra chauvinista de ambas ideologías mezcladas en una misma fiesta.

El impacto que tuvo la celebración sobre el pensamiento político colombiano se ve materializado en la generación centenarista que nace de sus discursos veintejulieros. El canapé republicano consigue su primer esquema a partir de 1910 al calor del fervor patrio circunstancial, este albergó tanto liberales como conservadores alrededor de juntas y partidos, «el republicanismo venía a ser como una depuración de los pecados que habían hundido en el desprestigio a los partidos políticos tradicionales»²⁷. A pesar de la nueva alineación bipartidista subsecuente, entre la *Concentración Conservadora* y el *Bloque Liberal*, el republicanismo materializa hasta cierto punto los ideales conciliadores que el presidente Reyes quería que fueran los protagonistas de 1910. Su verdadero peso histórico esta en gestar la Generación del Centenario, de cuyo seno saldrá el núcleo intelectual de la primera mitad del siglo XX, desde literatos hasta presidentes de la República.

* * *

El evento culminó esta primera etapa bogotana el domingo 31 de julio. *Grosso modo* estos fueron los temas transversales de su ceremonia, que llevándolos al nivel teórico nos muestran los rasgos preponderantes de la sociedad colombiana en este primer decenio del siglo XX. 1910 significó una nueva fundación/fundición del sentido nacionalista en la mentalidad colombiana y en el imaginario urbano bogotano. Es desde entonces que podemos referirnos a un verdadero sentido de nación entendiendo, de acuerdo a Benedict Anderson, «la nacionalidad, o la “calidad de nación” al igual que el nacionalismo, como artefactos culturales de una clase particular, una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana»²⁸. Es entendiendo la forma como la comunidad se imagina que podemos posicionar una postura crítica entorno a los valores en que la nación es simbolizada. Siguiendo el calendario con que la legitimación se lleva a cabo, sea en conmemoraciones, museos o discursos: es una simbolización inventada del pasado, que sostenga sobre un punto fundacional la realidad del presente, encargada de teatralizar el patrimonio y exponer imaginarios hacia el futuro, siempre hacia el progreso, siempre llenos de expectativas.

De esta manera, a la luz de la información empírica sobre la Conmemoración de Centenario de la Independencia colombiana de 1910, podemos concluir que el evento fue, no la invención de la tradición nacional, concibiendo a la nación en un constante proceso de creación, sino la re-inventación modernista de la república, llevada a cabo por medio de una conciliación convencional del sentido histórico entre lo hispánico y lo criollo —lo conservador y lo liberal—, que permitiera la virtual cohesión política de un estado permanentemente fragmentado, sin dejar de ser contracultural. Para que sus efectos se revelaran debió haber una teatralización del patrimonio que sustentase el discurso renovador, anclado en el sentido de innovación que

27 “El Canapé Republicano” en *Revista Credencial Historia*. Edición 176, agosto de 2004. P. 3.

28 Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas*. (México D.F: Fondo de Cultura Económica, 1993) 21, 23.

acarrea la revolución, al tiempo que plasme en las imágenes de la urbe los simbolismos de su gesta, sumergiendo tales avatares revolucionarios a la dilapidación en la cotidianidad. Y para que su sentido se consume, la meta de progreso debe vislumbrarse al final del camino: un aliciente de las fuerzas renovadoras de la sociedad que se expresó, a modo de imaginario republicano, hacia la modernización.

La identidad se construye a través de la alteridad, y el mejor medio de posicionar una alteridad es la historia, empero cuando esas fronteras entre uno y los otros se rompen por un discurso innovador de la nación, la otredad se busca desde lo más cercano. Cuando la república se equipara al antiguo poder monárquico dominante, la esencia de la revolución se quiebra y las brechas entre identidad y alteridad se diluyen ante los ojos del individuo que participa del sentimiento republicano. En consecuencia el lugar del *otro* es ocupado de acuerdo a la inyección positivista por el considerado bárbaro, el indígena o el provinciano.

Una comparación con las festividades del presente año, en lo que a un carácter oficialista se refiere, deja ver rupturas y continuidades apegadas a los momentos históricos separados por cien años, si bien la de ahora tubo resonancia e injerencia en una medida más amplia territorialmente, la teatralización de su significado se mostró de menor importancia en las querellas políticas, cuyos planes de infraestructura no se llevaron con la magnitud que hace cien años. Para 1910 cambios visibles en sentido urbanístico de la capital fueron la epifanía, en el 2010 el paisaje de una ciudad perforada y corroída por nuevos planes modernistas es la imagen.

La conmemoración del bicentenario dista en diferentes sentidos de lo que fue el centenario, especialmente en lo respectivo al rol de las fuerzas militares. Las manifestaciones que se hacen hoy en día sobre la trascendencia militar del estado colombiano, en relación con la independencia, traen implícitas infinidad de contradicciones tácitas sobre el devenir histórico de esta institución dentro del marco de la historia nacional. Al contrario de brindar al pueblo colombiano la idea de paz y armonía que cargan los soldados en el cañón de sus armas, las representaciones de un pasado militar traen a colación la perenne violencia intestina en que Colombia se ha sumergido a lo largo de su vida republicana. Puede verse la conmemoración del punto axial de la nación que hoy pregonan las Fuerzas Armadas, como la celebración de su propia historia en Colombia, donde un punto de origen nos remonta a esas épocas centenarias, también a cargo del General Reyes. La identidad se construye hoy sobre el monopolio de las armas, cuyos cañones median con la alteridad; la cuestión es hacia quién apuntan —siendo esta su función—, quién es ese otro: los indígenas o los provincianos, la guerrilla o los narcotraficantes, los ecuatorianos o los venezolanos.

OBRAS CITADAS

Fuentes primarias

- Isaza, Emiliano y Marroquín, Lorenzo, *Primer Centenario de la Independencia de Colombia, 1810-1910* (Bogotá: Escuela Tipográfica Salesiana, 1911)
- Valencia Benavides, Hernán (Comp.) *Discursos y mensajes de posesión presidencial*. Tomo II. Colección Presidencial de la República. Administración: Turbay Ayala. Volumen VII. (Bogotá. Imprenta Nacional, 1983)

Fuentes secundarias

Libros o capítulos:

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Traducción de Eduardo L. Suárez. (México D.F. Fondo de Cultura Económica; 1993)
- “Canapé Republicano” en: *Revista Credencial Historia*. Edición 176, Bogotá: agosto de 2004.
- Hall, Stuart y Du Gay, Paul. Comp. *Cuestiones de identidad cultural*. (Buenos Aires, Amorrortu editores, 2003)
- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura*. (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1987)
- García Canclini, Néstor. *Culturas Híbridas*. (México D.F.: Editorial Grijalbo, 1990)
- García-Pelayo, Manuel. *Los mitos políticos*. (Madrid: Alianza editorial, 1981)
- Alcaldía Mayor de Bogotá *La ciudad de la luz*. (Bogotá: 2005)
- Hernández i Martí, Gil Manuel; Campos, Beatriz Santamarina, et al. *La memoria construida: patrimonio cultural y modernidad*. (Valencia: Editorial Tirant lo Blanch, 2005)
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria*. (Barcelona: Ediciones Paidós, 1991)
- Mesa Chica, Darío. *La vida política después de Panamá, 1903 – 1922*. En “Manual de Historia de Colombia, Tomo III”. Ed. Jaime Jaramillo Uribe. (Bogotá: Procultura; Colcultura, 1982)

En Internet:

- Cano Vargas, Alexander. *Ad portas del Bicentenario: una mirada a la celebración del Centenario de la Independencia colombiana (1910)*. [En línea] en: <http://www.bicentenario.unal.edu.co/paginas/estudios/>. Accedido el: 10/04/10
- Román Romero, Raúl. “Memorias enfrentadas: Centenario, Nación y Estado 1910-1921”. En: *Revista digital Memorias*, año 2, Número 2. (Barranquilla: Uninorte). [En línea] en: http://www.uninorte.edu.co/publicaciones/memorias/memorias_2/articulos/articulatoraulroman.pdf. Accedido el: 10/04/10.
- Hobsbawm, Eric. “Inventando Tradiciones” en: *La invención de la Tradición*. Traducción del inglés: Pablo Méndez Gallo. (Cambridge: Cambridge University Press, 1983). Publicado en *Revista biTARTE* nº 18 (agosto 1999), pp. 39-53, San Sebastián. [En línea] en: <http://www.telefonica.net/web2/ijpm/Hobsbawm.pdf>. Accedido el: 10/04/10.